

LOS REYES MAGOS [267]

Meditación - 2024

San Ignacio, cuando propone la contemplación de los misterios de la vida de Jesús, uno de los puntos en los que se detiene es en la visita de estos tres personajes que vienen de Oriente y se dirigen a Belén. [267]¹.

San Ignacio propone en los ejercicios espirituales tres puntos de meditación:

1- Contemplar a los tres Reyes Magos guiándose por la estrella, que vinieron a adorar a Jesús, diciendo: «Vimos su estrella en Oriente y venimos a adorarle».

2- Le adoraron y le ofrecieron dones postrándose por tierra. «Le adoraron y le presentaron dones, oro incienso y mirra».

3- Recibieron respuesta cuando estaban durmiendo que no volvieron donde Herodes y por otro camino volvieron a su región.

Vamos a fijarnos, por la brevedad y porque no tenemos tiempo para más, solo en el segundo punto, que es cuando los magos guiados por la estrella llegan hasta Belén, encontraron al Niño Jesús, -el Evangelio de San Mateo también dice que a su Madre, no menciona a San José en este caso, aunque podemos imaginar que estaba allí- y que se postraron delante del Niño Jesús y le adoraron.

Para esta meditación vamos a utilizar los textos de algunos autores, principalmente santos que han contemplado esta escena a lo largo de la historia y, también nos vamos a fijar en algunas pinturas, en algunos cuadros, representaciones artísticas, porque como todos sabemos, San Ignacio siempre propone introducirse en la escena “**como si presente me hallare**”. No es fácil hacerse una composición del lugar porque nosotros no conocemos bien cómo era Belén en aquella época, ni los vestidos, ni cómo sería exactamente el pesebre del Niño Jesús. A través de las representaciones artísticas, descubriremos que diferentes personas lo han ido imaginando también de diferentes maneras, pero siempre con una intención, poderse acercar a contemplar el misterio de Jesús, poder conocer mejor el amor de Dios, poder adentrarse en los sentimientos del Corazón de Jesús que por nosotros se hizo hombre.

Es curioso constatar cómo, ya desde los primeros siglos, en las representaciones artísticas la Adoración de los Magos tuvo mucha importancia. La representación más antigua que se conoce se encuentra en las catacumbas de Priscilla, en Roma y es una

¹ [267]De los tres reyes magos, escribe san Mateo en 2, 1-12

pintura dentro de estas catacumbas, en la conocida como Capilla Griega, en la que se ve a tres personajes que se dirigen hacia una mujer que está sentada en una especie de silla alta o trono y que tiene un niño en su regazo. Esas tres figuras, se nota que van con algunos presentes en sus manos, es una pintura muy deteriorada y no podemos indicar mucho más, probablemente encima más o menos de ese trono donde está la virgen habría una estrella. En esa misma catacumba hay otra imagen que ahora podemos contemplar que es, en este caso. una lápida, una lápida de una señora difunta que se llamaba Severa, y que dice algo así como: “Severa in Deo Vivas” Severa que puedas vivir en Dios, es una evocación de la vida eterna. En esa imagen que podemos contemplar, se ve estos tres personajes que se dirigen hacia esa misma señora que está sentada en una silla alta o trono, y contiene a un niño, sin duda la Virgen María. Encima de ella se ve una estrella y detrás hay una especie de pastor o profeta que señala esa estrella, probablemente haciendo referencia a una profecía que aparece en el libro de los Números, una profecía de Balaam que indica que una estrella saldrá de Jacob.

Es curioso darse cuenta, de cómo los primeros cristianos, vinculaban el misterio de la vida eterna con la Adoración de los Magos. Es verdad, que no es necesario pensar que entendían directamente que la adoración hacía referencia a cuando nosotros nos presentemos un día delante de Dios, sino que, más bien hay que pensar que se daban cuenta de que el misterio de la Encarnación respondía a la pregunta más importante del corazón del hombre: ¿Para qué hemos sido creados y cuál es nuestro destino? De hecho, el episodio de los Magos nos habla de eso, de unos personajes que contemplaban el cielo, que probablemente se interrogaban sobre el sentido del mundo, y sobre la inquietud que había en su propio corazón y, que un día al descubrir una nueva estrella, se pusieron en camino.

LOS DONES

Vamos ahora a detenernos en ese momento que hemos dicho, cuando le presentan sus dones, vamos a hacer también algunas reflexiones que nos trae la tradición de la Iglesia a través de sus santos.

Quiero mencionar en primer lugar a San Francisco de Sales, hay un momento en que él comenta, refiriéndose a otro autor, a un comentarista bíblico que fue muy famoso en la Edad Media que quizá participó en la elaboración del primer comentario de la Biblia, lo que se conoce como la Glosa Ordinaria, en la cual, dice San Francisco de Sales: “Strauss comenta que trajeron de lo que producía su país, de Arabia”. Dice San Francisco de Sales que los Magos no llevaron bienes que habían comprado en otra parte sino que llevaron de lo suyo, y comenta:

«**Muchos quieren darle a Dios lo que aún no tienen**, por ejemplo algunos le dicen: “Cuando yo sea más anciano, cuando sea mayor, me dedicaré a ser más devoto”... -le quiere dar lo que todavía no tiene- o dice: “si yo fuera religioso, le podría ofrecer a Dios mis sacrificios, o si yo fuera rico, le daría a Dios más limosna

o si fuera más inteligente, le daría mi sabiduría”. -Entonces ¿qué viene a decir San Francisco de Sales? - “**cada uno tiene que honrar al Señor con aquello que tiene**”. Incluso alguno podría decir: ¿si yo fuera santo?... Honra a Dios con lo que tienes, con lo que ya tienes».

Los Magos -es el primer punto en que nos vamos a fijar- le ofrecen unos dones que han traído de su país, le ofrecen lo que ellos tienen. Dice San Francisco de Sales, «da lo que tienes, el valor de tu ofrenda se mide en relación con lo que posees». ¿Qué es lo que le hemos de dar a Jesús? ¿Qué es lo que hemos de presentar a Jesús? Aquello que nosotros tenemos, todo lo que tenemos.

Conviene ahora, que nos detengamos un poco en la interpretación que se ha dado a los diferentes presentes. Nos dice el Evangelio que, «*abriendo sus cofres, le ofrecieron oro, incienso y mirra*». La tradición más antigua, y voy a leer ahora un fragmento de San Ireneo de Lyon, que es un autor del siglo II, identifica al oro con la realeza, a la mirra con la humanidad de Jesús y al incienso con su divinidad. Escuchemos a este santo obispo de las Galias dice así:

«La mirra significaba: que era Él, el que o por nuestra raza humana mortal, moriría y sería sepultado. El oro: que Él era el Rey del cual el Reino nunca tendría fin. El incienso por fin; que Él era el Dios, que venía de haberse hecho conocer en Judea y de manifestarse también a los que no le buscaban».

Esta es la tradición que todavía se sigue sosteniendo en la Iglesia, y la primera que viene desde lo más antiguo. Sin embargo, también desde el principio, -y ahora vamos a leer un texto de San Juan Crisóstomo- junto a esa interpretación, que es la que relaciona directamente los dones ofrecidos por los Magos con la persona de Jesús, también se ve, que no solo hacían referencia al Niño que venían a adorar, sino que también ponían en juego algo del corazón de los hombres. Así, por ejemplo, San Juan Crisóstomo en su comentario a San Mateo, -una obra esta de San Mateo muy importante, porque Santo Tomás de Aquino por ejemplo, del comentario de San Juan Crisóstomo a San Mateo decía, “**que él por tenerla habría dado hasta la ciudad de París**”, tanto la ponderaba y tanto la quería a esta obra- dice San Juan Crisóstomo en el comentario a este fragmento:

«No solo le adoran, sino que abiertos sus cofres le ofrecen dones, y dones, no como a hombre sino como a Dios, porque el incienso y la mirra de esto son símbolos -es decir, de la divinidad de Jesús-. ¿Y por qué le ofrecen estos dones? se los pueden ofrecer porque fueron iluminados por Dios y sus almas iban siendo conducidas, poco a poco por Dios y les conducía a un conocimiento cada vez más perfecto».

Fijémonos en esto, porque a veces uno se puede desanimar, puede decir en su vida ¿yo que le ofrezco a Dios? y, empezamos ofreciendo lo que tenemos, cosas pequeñas y nada de eso está mal. Todos hemos visto en la pedagogía de los niños en la catequesis, como a veces le dices a un niño, “mira, le puedes ofrecer a Jesús un caramelo, le puedes ofrecer a

Jesús comerte ese plato que no te gusta, le puedes ofrecer a Jesús el dejarle tu juguete a tus hermanos”, son cosas pequeñas, pero el niño a través de esas cosas no solo va aprendiendo a desprenderse, esa sería la parte de las virtudes humanas o de la ascesis personal, sino que también va aprendiendo a conocer a Jesús, y va siendo iluminado por Jesús, y poco a poco va aprendiendo a tratar a Jesús también como Dios. Esto lo dice San Juan Crisóstomo fueron llevados a un conocimiento más grande, para tratar a Jesús como Dios. Y, eso es lo que representan para él la mirra y lo que representa también el incienso.

Y luego dice:

«Le adoraron y le ofrecieron sus dones, no fueron allí para sacrificar ovejas y novillos -esto era lo que habrían hecho los judíos, sabemos que en toda la religión, todo el ritual de los judíos, en todo lo que está legislado por Moisés, lo que encontramos en el Antiguo Testamento, lo que se le ofrecía a Dios principalmente eran sacrificios de ovejas de novillos etcétera- sino que le fueron a ofrecer dones muy cercanos a la filosofía de la Iglesia que fueron: el conocimiento, la obediencia y la caridad».

Esta es una interpretación ya un poco más elevada, un poco más, podríamos decir, simbólica que hace San Juan Crisóstomo, con estas palabras lo que está indicando es, que el ofrecimiento que le hacen a Jesús ya no es de algo externo a ellos; abren sus cofres, el cofre ¿en qué se convierte?, se convierte en símbolo del corazón del hombre, del alma. No le estoy ofreciendo a Dios cosas que me dejan a mí fuera de lo que le ofrezco, sino que de alguna forma **me estoy ofreciendo a mí mismo: el conocimiento, la obediencia y la caridad**; eso está muy en línea también de lo que dirá el mismo San Ignacio de Loyola, de «ofrecerle a Jesús todo lo que somos, nuestro entendimiento, nuestra voluntad, nuestra memoria nuestro ser»² está muy en línea, incluso podríamos decir, con lo que era el gran mandamiento el Shemá Israel, del pueblo de Israel «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu pensamiento, con todas tus fuerzas, con todo tu ser».

En esta línea de interiorización que estamos viendo, me gustaría que nos fijáramos en el cuadro del Giotto. A mí el Giotto me gusta mucho, porque me parece que es un pintor que logra expresar, con mucha simplicidad misterios muy grandes. En este cuadro de “La adoración de los Magos”, nos podemos fijar en que el rey Melchor, que se ha acercado a Jesús, se ha desposeído de la corona y está besando al niño Jesús; al mismo tiempo, el incienso lo tiene un ángel, que está ahí al lado de la Sagrada Familia.

¿Qué se está simbolizando aquí? Fijaros, es una cosa que es tremenda, porque si el incienso puede simbolizar la divinidad de Jesús y también hace referencia en toda la tradición de la Iglesia -también con un fundamento en el Antiguo Testamento- a la misma oración: «suba mi oración como incienso en Tú presencia» está indicando **esa ofrenda**

²[EE.234]Oración de agradecimiento y entrega

interior del corazón, el incienso ya está en manos de los ángeles, **es la oración que sube hacia Dios**. Sin embargo, lo que está haciendo el rey, lo que hemos de hacer nosotros es **adorar la humanidad de Jesús**, el verdadero don, el verdadero don que hacemos, es reconocer la humanidad de Jesús, es decir, aceptar el don que Dios nos da. El regalo, el presente que traen los Magos, no establece una distancia con el Niño Jesús, sino que, al contrario, lo que hace es unirnos íntimamente a Jesús.

Hace un momentito, mientras preparaba esta charla, he encontrado un autor medieval, Walafrido Strabo. Este autor dice algo así como «Con sus tres dones místicos manifiestan su fe». Místico significa que tienen un valor simbólico, que son signo de otra cosa, a eso se refiere con la palabra místico, y yo cuando leía esta frase «Con sus tres dones místicos manifiestan su fe» pensaba, no se trata de unos dones que ellos ofrecen para aplacar a un Dios, que es, lo que a veces en algunas religiosidades, sobre todo deformes y estropeadas se entiende: “hay que aplacar a los dioses para que no nos sancionen, para que no nos castiguen”. Por lo contrario, de lo que se trataba es de unirse cada vez más a Dios por esos dones, y eso también es bonito de considerar. Todo lo que nosotros le ofrecemos a Dios no es para mantener a Dios alejado de nosotros, para justificar nuestro buen comportamiento, o para evitar que nos castigue por nuestras malas obras, sino que lo que hacemos es unirnos más a Jesús, por eso **el verdadero don es el que uno hace de sí mismo**. Uno puede decir: **cuando uno se da a sí mismo** ¿a qué se da o a dónde se da? **se da al mismo Dios, se une con Dios**.

San Bernardo, hay un momento en que comenta esto: «Nosotros no podemos corresponder a Dios dándole nada que sea equivalente a lo que Él nos ha dado, porque Dios es infinito, Dios es omnipotente y nosotros somos limitados, y nuestro poder también es insuficiente, no podemos en ese caso corresponder a Dios, no podemos igualarle. Pero sí que **hay algo en lo cual tú puedes igualarte a Dios, y es que puedes amarle con todo tu corazón**».

En estos tres dones podemos ver también que estos Magos, en la carne reconocen a Dios, en el Niño reconocen su Sabiduría, y en la debilidad reconocen la Virtud, la Potencia de Dios. En este cuadro del Giotto donde se ve esa postración del rey delante del Niño Jesús, ese don que ya es acogido y que es llevado al cielo, pero que, precisamente es acogido y llevado al cielo, por el corazón con el que se ha entregado ese rey que besa cariñosamente, afectuosamente, con profunda adoración. La adoración es el amor agradecido al Verbo de Dios que se ha hecho carne.

En esta misma línea, ya con otro lenguaje, podemos comentar un texto de Catalina Emmerick. Esta vidente tiene unas visiones sobre el Evangelio muy sugerentes, y ella comenta precisamente la visita de los Magos de Oriente al Niño Jesús. Quiero señalar que los nombres que ella le da son un poco distintos a los que nosotros estamos acostumbrados, Melchor para ella es Mensor, Gaspar es Seir y el que sería Baltasar ella lo denomina Zeokeno Comenta esto:

«Vi entonces a Mensor, que sacaba de una bolsa colgada de su cintura, un puñado de pequeñas barras compactas, pesadas, -esto sería el oro- brillantes como el oro. Era su regalo que, colocó humildemente sobre las rodillas de la Santísima Virgen, al lado del Niño Jesús. Mensor dio aquellas pequeñas barras de oro porque era muy sincero, y caritativo, y buscaba la verdad con un ardor constante e inquebrantable -veis aquí que el oro es signo de la caridad, de la sinceridad, de la búsqueda de la verdad, signo como de la pureza, de lo que verdaderamente vale, de un corazón que no tiene doblez, que no conoce el engaño como dice el salmo-. Después se retiró y vino Seir, el Rey cetrino, que se arrodilló con una profunda humildad y ofreció un vaso de oro para poner el incienso, lleno de pequeños granos resinosos, de color verdoso, lo puso sola mesa delante del Niño Jesús. ¿Por qué dio el incienso? -dice Catalina Emmerick- porque era un hombre que se conformaba, respetuosamente y desde el fondo de su corazón, a la voluntad de Dios y la seguía con amor - el incienso en este caso, no está vinculado tanto a la oración, “*suba mi oración como incienso en Tú presencia*”, como al cumplimiento de la voluntad de Dios, seguir lo que Dios quiere de nosotros, que es el ofrecimiento que uno tiene que hacer-. Luego vino Zeokeno, el mayor de los tres tenía mucha edad, y ofreció la mirra, por ser el símbolo de la mortificación y la victoria sobre las pasiones. Este hombre excelente había sostenido perseverante lucha contra la idolatría, la poligamia, y las costumbres violentas de sus compatriotas».

Aquí, Catalina le da también este significado de la mortificación, en este caso a la mirra, que uno puede ofrecer el sacrificio de su trabajo, de la obediencia a la voluntad de Dios y, eso es quizá, lo que más a nosotros nos cuesta y de la búsqueda sincera de la verdad.

A mí me parece que estos tres puntos que dice esta santa, al margen de todo el envoltorio de lo que ella vio y la descripción -que son bonitas, están editadas en castellano y se pueden leer- pero, indican algo muy necesario para el tiempo actual, porque muchas veces nosotros huimos de la verdad. Toda la historia de los Magos es la de unos personajes que estaban intrigados por conocer la verdad de todo, la verdad del mundo, el sentido del mundo y la verdad de su propia existencia. Contrasta esta búsqueda con lo que sucede en Jerusalén, donde Herodes, aquellos sabios, -que incluso tenían los libros de las profecías del Antiguo Testamento y conocían lo que decía Miqueas sobre el nacimiento del Mesías en Belén- no están preocupados por esa verdad.

Son también personas -muy necesario para nuestro tiempo- que lo que buscan sobre todo es cumplir la voluntad de Dios, no que Dios se ciña a su voluntad, sino que ellos lo que desean es, hacer lo que Dios les pida. Por eso al final, aunque nosotros no lo vayamos a comentar, del episodio del Evangelio se dice que avisados por un ángel de que no volvieran a Herodes porque quería matar al niño, volvieron a su casa por otro camino. Cumplir la voluntad de Dios y finalmente la aceptación de la frustración a veces y también del dolor, de la enfermedad, hemos de pensar que estos Magos en su viaje

probablemente tuvieron que pasar muchas privaciones, hicieron un recorrido muy largo, eso simboliza también la mirra.

Nosotros también hemos de aprender a ofrecérselo a Dios, a veces pensamos “¿Qué valor tiene esto en mi vida? si no fuera limitado haría esto”. Quizás el gran don que Dios te ha dado es la posibilidad de ofrecerle tu limitación, de poderte unir al misterio de Jesús que también se ha limitado, siendo Dios, “se rebajó” dice San Pablo, se hizo hombre, tomó la condición de esclavo. Podemos unirnos a Él en el misterio de la salvación del mundo. Intentemos entrar en este misterio de la Adoración.

Tenemos ahora aquí dos cuadros que me gustaría que contempláramos para finalizar ya esta exposición que podríamos alargar muchísimo. El primero es de Rembrandt, es un cuadro que curiosamente le habían encargado para una Iglesia católica de Ámsterdam, me parece y luego no les gustó a los que le habían encargado, pero con el tiempo se ha considerado que es una gran obra de este autor. Forma parte de su estilo, pero fijaros en esto, contrasta en ese cuadro una cosa muy interesante, podemos decir la riqueza con la que van vestidos los Magos, con toda la magnificencia de oriente, uno piensa en los reyes de oriente y siempre piensa en vestidos lujosos, en que llevarán muchos abalorios, en que se presentarán como aparecen en ese cuadro: con su cortejo, con sus pajes, vemos ahí a Gaspar que incluso parece que le acompaña alguien que le sostiene una sombrilla, los vemos enojados. Contrasta esa imagen de los Magos con la sencillez de la Sagrada Familia, la Virgen con el Niño y, detrás de ellos, un poquito apartado como si no formara parte del Misterio, pero está allí sorprendido, San José. ¿Qué nos indica este cuadro, a mí en qué me hace pensar este cuadro? nos hace pensar que cuando somos conducidos por Dios, no se trata de que nosotros nos hagamos una idea previa, sino de que sepamos reconocer lo que Dios nos quiere enseñar. Cuando veo este cuadro, imaginemos que los Magos eran así, como los pensó Rembrandt, sin embargo, llegan a Belén, ven a un Niño con su Madre, “llegaron a la casa” dice San Mateo, quizá ya no estaba en el pesebre, quizá ya era un niño que andaba, no lo sé, pero postrándose, lo adoraron porque vieron la estrella, no antepusieron su criterio, lo que ellos imaginaban que tenía que ser, a lo que encontraron, se dejaron sorprender por el misterio de Dios, tal como era.

Y el segundo cuadro que me gustaría que contempláramos y con el cual vamos a finalizar nuestra exposición, es de Velázquez, es la época sevillana de este autor, no es la época cumbre de Velázquez, pero siempre es muy interesante. Si nos fijamos en este cuadro, que han comentado los especialistas, que él utiliza personas como normales, no son unos reyes que van vestidos lujosamente, ni siquiera llevan coronas, van vestidos como podía ir vestida probablemente la gente de aquella época de Sevilla, de hecho, en este cuadro no contrasta la presencia de los Magos con la de María, José y el Niño, sino que al contrario se nota como si todos formaran parte de un mismo ambiente, de una misma sociedad. ¿Qué nos indica eso? nos indica la contemporaneidad del Misterio de Cristo.

La Iglesia nos invita continuamente a adentrarnos en los misterios de la vida de Jesús como decía el Papa Benedicto XVI: “En la Eucaristía Jesús sigue haciéndose contemporáneo de todos nosotros, sigue acercándose a todos nosotros”.

Nosotros también, a Jesús en la Eucaristía nos podemos acercar para presentarle nuestra adoración, para ofrecerle nuestros dones, para entrar en esa intimidad con Él.